

Asunción Bernárdez

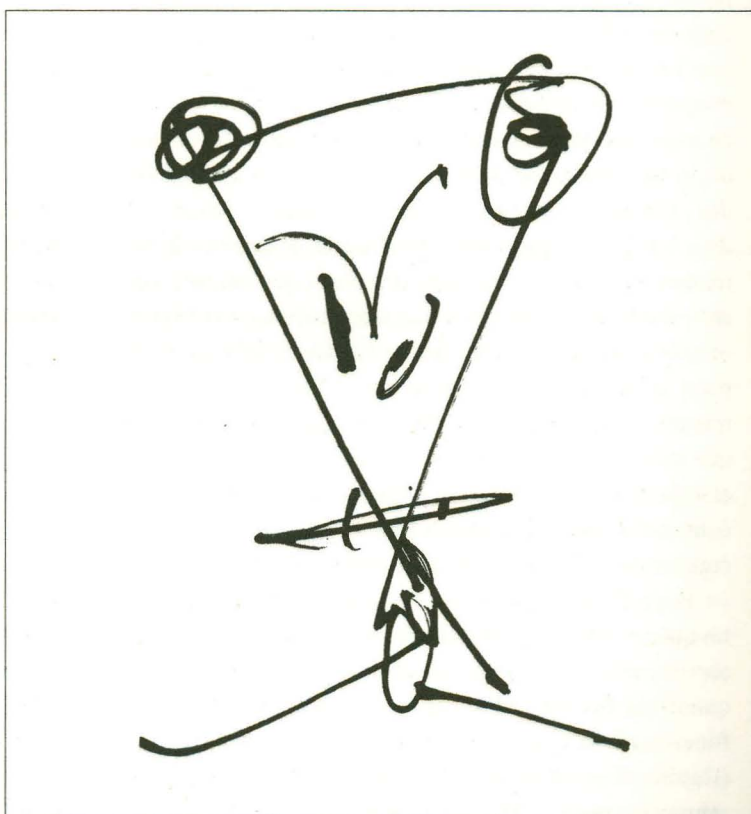
Lectura, mujeres y poder en 'El Quijote'

Cervantes reflexiona, o nos hace reflexionar, sobre muchas cosas en *El Quijote*, pero desde luego, uno de sus temas principales es la cuestión de la lectura y la recepción. Su personaje, ese «largo grafismo flaco» tal como lo describió Michel Foucault (1971:60), es la encarnación de un mundo que está cambiando su relación con las formas de conocer y de representar; un mundo que, al difundir la tecnología de la imprenta, descubre la relación contradictoria que existe entre los signos y las cosas, entre la oralidad y la escritura, entre la lectura colectiva y la solitaria. *El Quijote* pone en evidencia la discordancia entre realidad e invención, entre verdad y verosimilitud, y muestra en clave de ficción las estrategias puestas en juego para estar, al mismo tiempo, dentro y fuera de los textos, para «creer» en ellos y, sin embargo, no actuar en el mundo conforme a la ficción y, cómo no, hace aparecer la problemática de la diferencia de las prácticas lectoras entre hombres y mujeres. Su texto está salpicado de representaciones de mujeres que leen: Dorotea, Luscinda, Zoraida, la duquesa... y a través de ellas, podemos observar cómo Cervantes intuye que actúa ese mundo cambiante sobre las mujeres, que tienen que asumir restricciones y prescripciones sobre lo escrito de un modo genérico específico, en un momento histórico en el que se empieza a caminar hacia el Siglo de las Luces, pero que, de forma contradictoriamente estratégica, utiliza la imprenta y la alfabetización como uno de los instrumentos más importantes para generar discriminación y exclusión.

ALFABETIZACIÓN Y PODER

Los procesos de alfabetización, como ciertas ideas (como, por ejemplo, la de progreso), se han semantizado de un modo tan positivo y eufórico que, en muchos casos, ha ocultado su desarrollo problemático y contradictorio. La alfabetización y la educación han estado tan invariablemente unidas a la Modernidad como ideal de desarrollo integral y pleno del ser humano, que

han ocultado el proceso muchas veces traumático y contradictorio que ha supuesto su desarrollo, sobre todo para ciertos grupos que, por su condición de mujeres o de pertenecer a una determinada clase social, se vieron en desventaja o incluso coartados a la hora de tener ac-



ceso a los recursos culturales. Alfabetización y lectura para todos pero, al dibujarla utopía universal, se trazan también los mapas de las restricciones y las exclusiones: no todas las lecturas para las mujeres, no todos los textos para las clases desfavorecidas, que débiles de mente y de carácter están siempre a un paso de la pérdida moral. La idea optimista y bienpensante de que el conocimiento nos acerca a la libertad, hay que matizarla con la cuestión foucaultiana más precisa y ajustada de qué «saber es poder».

El romanticismo implícito (aunque parezca una contradicción) en el proyecto de la Modernidad y la Ilustración, nos habla de la alfabetización como una de las conquistas que han contribuido en mayor medida al

desarrollo social, en cuanto permitió la génesis de sociedades «colectivizadas» no sólo en el espacio, sino en el tiempo... El alfabeto nos dio una capacidad de acumular el conocimiento y la sabiduría necesarios para convertirnos en dioses tecnológicos, y desarrollar un orgullo de pertenencia a eso que llamamos «cultura occidental», como si el invento de la escritura hubiera tenido que ver con los deseos de desarrollo social o ideales puramente burgueses. En realidad, ese pensamiento es una relectura, en todo caso tergiversada, del hecho de que la invención de la escritura no se debe a los sentimientos más elevados, artísticos y etéreos que las comunidades hayan podido tener, sino que nace vinculado al desarrollo de un mundo material cada vez más complejo, que necesitó pensar y medir de manera cada vez más precisa y ajustada el mundo material que debía controlar. Otro ejemplo: tampoco la Retórica se inventó en aras del propio enriquecimiento y entendimiento del lenguaje, sino para conseguir que unos propietarios desposeídos de sus tierras, allá por el siglo V a. C. en Siracusa, consiguieran recuperarlas del control del tirano de turno, a base de buenos discursos y argumentaciones bien trabadas (Barthes, R., 1989).

Por otra parte, la lectura no es sólo una técnica neutra que se aprende y ejercita puntualmente ante un texto escrito, sino un proceso comunicativo complejo en el que están involucradas varias prácticas textuales que funcionan de manera conjunta para generar sentido (Bajtin, M.: 1989). Mientras aprendemos el alfabeto, asumimos unos determinados paradigmas teóricos que acabarán determinando, por ejemplo, nuestra estructura del tiempo y el espacio, nuestra manera de entender las relaciones sociales, las formas de lo correcto y lo incorrecto y un largo etcétera. Leer no es una simple técnica, sino que al leer interiorizamos paradigmas que pondremos en marcha cada vez que interpretamos y nos movemos en el mundo.

LA IMPRENTA COMO TECNOLOGÍA

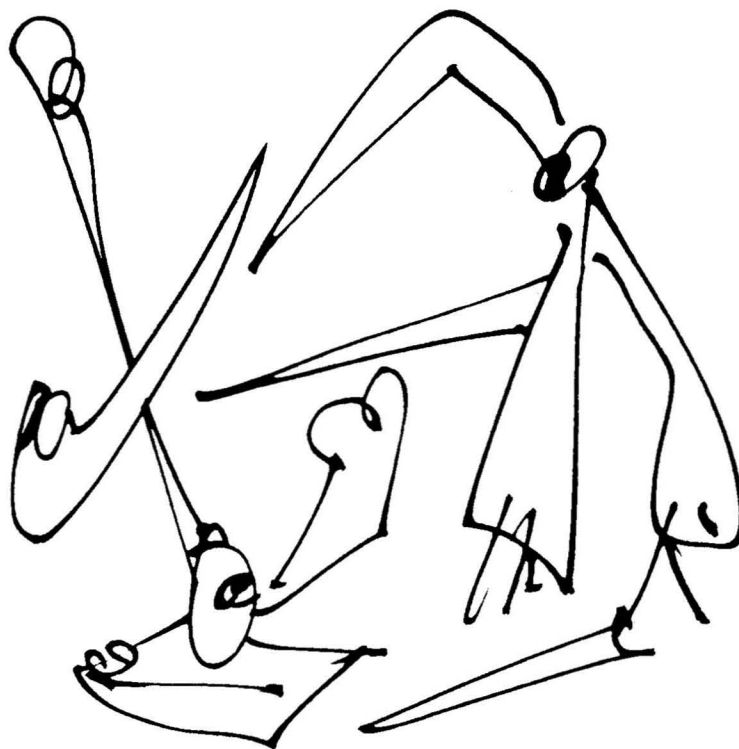
Por todo esto, creo que hay que matizar la idea de que la imprenta ha sido democratizadora en cuanto que ha permitido el acceso de «todos» a la «cultura». Con la imprenta, como cualquier otra tecnología, unos pierden y otros ganan. Por ejemplo, pierden los monjes el mo-

nopolio que tenían sobre el saber (y por lo tanto, sobre la capacidad para dictar normas de cómo vivir y actuar), y gana sobre todo una nueva clase social en ascenso (la burguesía), que empezará a generar nuevas formas de saber (y por lo tanto, de poder) basadas en la cultura escrita.

Es tópico decir que la imprenta liberó el conocimiento y lo hizo accesible a todos. Es tópico y, como tal tópico, tiene algo de mentira y algo de verdad. Lo verdadero es la cuestión de la accesibilidad, de la capacidad para crear nuevas «comunidades hermenéuticas» ya no tan vinculadas al territorio; la mentira: que la accesibilidad fuera para todos, y que favoreciese la Libertad con mayúscula. Por ejemplo, es cierto que la imprenta desarrolló formas de propiedad intelectual que no estaban controladas por la clase religiosa, pero no las liberó totalmente, sino que las vinculó al dinero, a la capacidad para comprar y consumir. Así, podemos decir que la imprenta facilitó la extensión de las formas de sociabilidad burguesa que pasan por un mecanismo fundamental: la organización de la vida como una suma de individualidades (de ahí la importancia de la lectura silenciosa), y la rearticulación de cada una de ellas de una forma ordenada y funcional: cada uno en su espacio cumpliendo un papel productivo para la sociedad. Por ejemplo, respecto a los textos, al «varón culto-clase alta» le corresponderá el acceso a los textos de «alta cultura» en latín y en romance; al «varón religioso» la guarda de la tradición textual; a la dama de clase alta, el acceso limitado a los clásicos, ya que difícilmente estudiaba latín, acceso absoluto a los de religiosos, etcétera, y a la mujer de clase baja, la exclusión de la cultura escrita... Cada uno en su parcela, mientras que, paralelamente, se va dibujando una desconfianza hacia los géneros que rompen las barreras entre los públicos como las novelas de caballerías, las novelas sentimentales, etcétera.

USOS Y PRÁCTICAS DE LA LECTURA

La instrumentalización de la cultura escrita y los saberes en la Modernidad pasó por la exclusión de las mujeres de las universidades y los centros de conocimiento (Varela, J., 1997), y por lo tanto a la lengua «cultura».



Es evidente que fue un proceso relativamente rápido, que podemos apreciar en el hecho de la diferencia que existe el periodo de los Reyes Católicos, donde algunas mujeres seguían participando de la cultura clásica, mientras que en el periodo cervantino, estas figuras prácticamente han desaparecido. Los siglos XVI y XVII fueron los siglos de la normalización de las mujeres (también de la vida en general), siglos en los que los

moralistas europeos se dedicaron con auténtica pasión a dar normas del buen vivir y el buen leer a las mujeres. Ejemplos conocidos y comentados hasta la saciedad son, por ejemplo, el de Vives, *La instrucción de la mujer cristiana*, donde indica, entre otras cosas, cuáles son los textos que las mujeres nobles deben leer, o *La perfecta casada*, de Fray Luis de León, que apela ya a un público de mujeres burguesas que deben interiorizar el modelo normalizado de esposas y madres. En este caso, la finalidad de la lectura para las mujeres es contribuir a la administración de la hacienda del marido, e incluso poder leerle en voz alta en sus momentos de ocio.

Pero también es verdad que existieron formas de resistencia a este esquema tan reduccionista, y sin las cuales no es posible entender el paulatino acceso de las mujeres a la alta cultura. Son formas reales, pero también representadas que los autores nos irán mostrando a lo largo de la Modernidad; es más, el tema de la lectura y las mujeres no deja de ser un tema obsesivo y recurrente en la historia de la literatura europea. Lo paradójico es que algunas formas de disidencia, como podría ser el gusto por la literatura de ficción de las clases más populares y las mujeres, haya sido uno de los motores más dinámicos en el cambio social que se produce en la Modernidad, favoreciendo la constitución de comunidades interpretativas que imponen un acceso a los textos no racional ni instrumental, sino como forma de disfrute que tiene que ver más con lo pasional, lo sensitivo o lo emotivo (Weruaga Prieto, A., 2004:316). Las mujeres serán en este caso «lectoras resistentes» (Fe, M. [coord.],

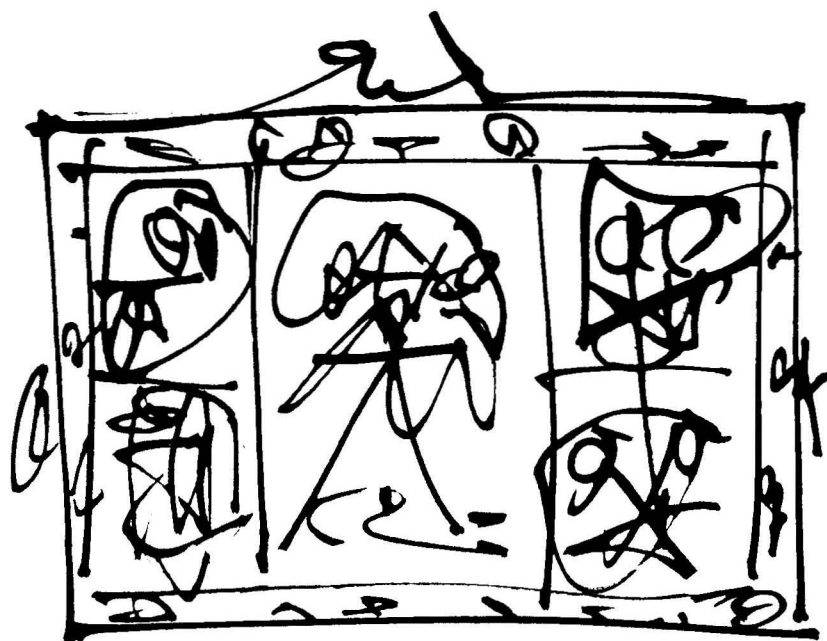
1999:129), tal como nos aparece representado a través de varios personajes femeninos de *El Quijote*.

ALGUNOS DATOS SOCIOLÓGICOS

Los datos estadísticos de la época respecto a las lectoras reales son todavía bastante imprecisos, ya que sólo desde hace muy poco tiempo se ha incluido la variable de género en los recuentos de bibliotecas, inventarios *post mortem*, etcétera. En los distintos estudios emprendidos en tiempos recientes, se da un porcentaje de entre un 11% y un 15 % de mujeres que sabían leer en el siglo XVII, y eso en zonas urbanas y refiriéndose sólo a la clase noble, la burguesía o los labradores ricos (1). Por ejemplo, se repite como lugar común que las mujeres nobles tenían al menos un libro (de horas), y que leer era para ellas un signo de distinción de clase, mientras que en las mujeres que vivían en el ámbito rural y que además eran de clase baja, el porcentaje disminuiría muchísimo. Pero las mujeres ¿qué leían? (2) El tópico difundido es que eran aficionadas a las novelas sentimentales, a los libros de caballerías, a los romances, pero también y sobre todo a los textos religiosos (de hecho el libro más popular en el siglo XVII fue *Flos sactorum*, de Alonso de Villegas), todos ellos escritos en lengua romance.

(1) Véase, por ejemplo el trabajo más reciente de Pedro Cátedra o el de Castillo Gómez (coord.), *Historia de la cultura escrita*, Trea, Gijón, 2001.

(2) Véase también el trabajo de Dadson, de 1998.



Dorotea (3) porque escenifica la capacidad de las mujeres para adaptarse a la norma pero, a la vez, ser capaces de contradecirla. Dorotea narra su identidad (con todo lo que tiene esto de construcción e invención) y, al hacerlo, da forma a los modos legítimos de vivir. Pero Dorotea se resiste a su destino social y

«Todas estas cosas fallaréys en los cofres de las mujeres; oras de Santa María, syete salmos, estorias de santos, salterio de romance, ¡nin verle el ojo! Pero canciones, delires, coplas, cartas de enamorados, e muchas otras locuras, esto s'». Este comentario del arcipreste de Talavera, en su *Corbacho*, ilustra el tópico tal vez más resistente del periodo de la imprenta, y que ha llegado hasta nuestros días transfigurado en los productos mediáticos actuales como los programas del corazón, las películas sentimentales, etcétera. Es un tópico que sitúa a las mujeres en la superficialidad, lo sentimental y en una especie de debilidad congénita que les impedirá el acceso a la alta cultura. Sin embargo, nuevas perspectivas sobre el entorno comunicativo del Siglo de Oro nos hacen pensar que el consumo de textos no respondiera a esquemas tan claros y determinados, sino que la subversión de códigos y los usos textuales alternativos fueran práctica común, saltándose en muchos casos las barreras entre grupos sociales y culturales. Se puede leer este periodo como de gran densidad cultural (Bouza, F., 2004:311), en el que muchas de las mujeres se sometieron sólo parcialmente al modelo de esposa y madre, y sólo a la luz de la disidencia podemos entender la cantidad de obras que se generan a partir de entonces con el fin de vilipendiar a las mujeres que se acercan a la cultura clásica, obras escritas y difundidas en todo el contexto europeo, y de las que *La culta latiniparla* (1629) de Quevedo es sólo un ejemplo inicial de ataque a las mujeres cultas y «hembrilatinas».

MUJERES LECTORAS DE 'EL QUIJOTE'

Uno de los personajes femeninos más interesantes para analizar esta contradicción en *El Quijote* es

reclama casarse con un hombre superior en rango social. Al hacerlo, pone en evidencia las contradicciones de un mundo en el que las identidades empiezan a poder construirse a base de voluntad y deseos individuales, un mundo en que la sociedad estamental está en crisis, y en el que el capital cultural será un elemento fundamental para la estabilización de las nuevas castas que se generarán alrededor del dinero y la cultura. Dorotea es una mujer fuerte que asume la restitución de su honra como una cuestión propia, y elabora un discurso (*El Quijote* I, 28) sobre sus motivaciones, sus deseos, y tener una «tan suelta lengua» no es nada negativo para su pintura:

«Y del mismo modo que yo era señora de sus ánimos, así lo era de su hacienda: por mí se recibían y despedían los criados, la razón y cuenta de lo que sembraba y cogía pasaba por mi mano, los molinos de aceite, los lagares de vino, el número del ganado mayor y menor, el de las colmenas. Finalmente, de todo aquello que un tan rico labrador como mi padre puede tener y tiene, tenía yo la cuenta, y era la mayordoma y señora, con tanta solicitud mía y con tanto gusto suyo, que buenamente no acertaré a encarecerlo».

Dorotea es la mujer de buen gobierno capaz de administrar no sólo las tareas sino también su tiempo libre:

«Los ratos que del día me quedaban, después de haber dado lo que convenía a los mayores, a capataces y a otros jornaleros, los entretenía en ejercicios que son a las doncellas tan lícitos como necesarios, como son los que ofrecen la aguja y la almohadilla, y la rueca muchas veces; y si alguno, por recrear el ánimo, estos ejercicios

(3) Ya en el año 1975, F. Márquez Villanueva hablaba de Dorotea como el doble femenino de don Quijote.

dejaba, me acogía al entretenimiento de leer algún libro devoto, o a tocar un arpa, porque la experiencia me mostraba que la música compone los ánimos descompuestos y alivia los trabajos que nacen del espíritu» (I, 28).

Este personaje se dibuja a sí mismo como un dechado de virtudes de la época porque, en realidad, está tratando de justificar su comportamiento «desviado» al no haberse resistido con la violencia oportuna a la invasión de su intimidad por parte de don Fernando. Para entretenerse manifiesta leer libros devotos o tocar el arpa... Sin embargo, Dorotea es una mujer que tiene poco de convencional, es audaz y atrevida, y capaz de contar otra versión de sí misma en el capítulo siguiente cuando se presta a colaborar en el engaño que le están preparando a don Quijote para que vuelva a su aldea porque, según manifiesta, no sólo lee libros devotos, sino que confiesa ser una gran lectora de libros de caballerías, hasta el punto de poder actuar de acuerdo a su modelo.

«A lo cual dijo Dorotea que ella haría de doncella menesterosa mejor que el barbero, y más, que tenía allí vestidos con que hacerlo al natural, y que la dejasen el cargo de saber representar todo aquello que fuese menester para llevar adelante su intento, porque ella había leído muchos libros de caballerías y sabía bien el estilo que tenían las doncellas cuitadas cuando pedían sus dones a los andantes caballeros» (I, 29).

La labradora se convierte así, por voluntad y fingimiento, en la princesa Micomicona de Etiopía.

Otra maestra del fingimiento parece ser también Luscinda, el otro polo femenino de esta convencional historia de enredos de amor que se desarrollaba entre cuatro personajes. Luscinda también sabe leer, y lo sabemos por boca de su enamorado, Cardenio: «Acaeció, pues, que habiéndome pedido Luscinda un libro de caballerías en que leer, de quien era ella muy aficionada, que era el de Amadís de Gaula» (I, 34), y esta es precisamente la garantía para don Quijote de la gran valía que esta mujer tiene: «Con que me dijera vuestra merced al principio de su historia que su merced de la señora Luscinda era aficionada a libros de caballerías, no fuera menester otra exageración para darme a entender la alteza de su entendimiento; porque no lo tuviera tan bueno como vos, señor, lo habéis pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda».

Luscinda es también una mujer que no acata la determinación de sus padres de casarla con el hombre de su misma clase que le marcan, y toma la firme decisión de morir nada más celebrarse el matrimonio.

En el capítulo cuarenta de la primera parte, Cervantes nos presenta otra joven alfabetizada: la mora Zoraida, que desea abandonar a su padre y hacerse cristiana. Para ello, va dando dinero a unos prisioneros cristianos propiciando su liberación. Elige a uno de ellos para casarse y vivir con él en España. De nuevo estamos ante una mujer que marca un destino individual y personal para su futuro al margen de la autoridad paterna. Ama a su padre, pero no es suficiente; ella desea huir y convertirse en cristiana, y no duda en traicionar y abandonar lo más querido hasta ese momento.

Todas son mujeres alfabetizadas que desafían su destino social, pero no son «revolucionarias» ya que no dejan de lado ni combaten abiertamente el mundo que las rodea, son sólo personas que realizan una estrategia de alejamiento del mundo para integrarse otra vez en él una vez hayan conseguido restituir el orden. Es una historia tradicional de lo que ahora se denominan culturas subalternas: la realización de viajes a los confines de la normatividad para luego poder resituarse en el centro y no caer en la marginalidad. En este caso son viajes puntuales, que duran un tiempo limitado, en muchos casos guiados por el impulso amoroso, pero son viajes que no dejan a las mujeres como estaban. Si algo ha ido cambiando en las condiciones materiales y en la representación simbólica de las mujeres, ha sido gracias no sólo a las luchas materiales, sino a este tipo de tránsitos literarios, imaginativos que, de una manera consciente o no (eso ya nos da lo mismo), muchos autores como Cervantes han representado en sus obras. Las mujeres lectoras del *Quijote* leen a pesar de una normatividad que les niega el derecho al placer y al gobierno del propio cuerpo.

Pero Cervantes deja especialmente señalados otros tipos de relación con los textos, sobre todo en el capítulo 32 de la I Parte, ya que no se pueden limitar los fenómenos de recepción literaria a la lectura, porque en esos años todavía, y tal como muestra *El Quijote*, las lecturas en voz alta debían ser bastante comunes: se hacen lecturas públicas de los libros de caballerías, se leen los

romances, los libros sagrados... sin olvidar el teatro, que era uno de los elementos fundamentales de divulgación literaria. En ese capítulo, don Quijote llega de nuevo a la posada con la comitiva que con engaños intenta devolverlo a la aldea. Con él están Sancho, el Cura, el Barbero, Dorotea, Cardenio... Mientras duerme don Quijote, el resto del grupo come, habla de su extraña locura, y lee en voz alta, mientras expresa una serie de juicios sobre los libros de caballerías y sobre las diferencias y relaciones entre la historia y la ficción.

Aparecen ahí las opiniones del Ventero y su hija, su mujer, el Canónigo, Maritornes, completando así lo que representa don Quijote: la enajenación necesaria en todo acto de lectura, porque para él su modelo literario es un modelo de comportamiento, una guía para la acción en un mundo desconcertante y sin sentido. En este proceso, don Quijote cambia de modelos a imitar: en un primer momento es Amadís, pero en la II Parte él, como personaje literario, será su propio modelo, en un bucle desesperante que le lleva al hundimiento de su mundo literario. Para don Quijote la lectura es enajenación, la salida de un mundo normalizado y ordenado. Pero esta salida del mundo la encontramos en otros personajes: en la que hacen el Ventero, su hija, su mujer y Maritornes. ¿Todo es una cuestión de grado?

Maritornes, la criada que se permite estar al margen de la moral sexual de la época, se manifiesta como la defensora descarada de uno de los argumentos por los que los libros de caballerías eran más atacados: la narración «indecorosa» de lances amorosos donde aparece una sensualidad más o menos explícita. Maritornes dice: «Y a buena fe que yo también gusto mucho de oír aquellas cosa, que son muy lindas». No participa de la moral tradicional, y ve belleza allí donde otros ven obscenidad y quebrantamiento de las normas en la moralidad típica que atenaza a las damas y doncellas de clase alta. Su declaración es verdaderamente transgresora, y Cervantes se la permite precisamente por provenir de un personaje de baja catadura moral. Las historias de erotismo le gustan a Maritornes «aún más cuando cuentan que se está la otra señora debajo de unos naranjos abrazada con su caballero, y que les está una haciéndoles la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto. Digo que todo esto es cosa de mieles», Cervantes

no juzga, muestra un tipo de adhesión, seguramente muy difundida, a los libros de caballerías de mucha gente no demasiado integrada en un sistema de valores dominantes. Es un reconocimiento al goce estético, que no está tan reñido con el goce corporal como parte de la crítica más idealista nos ha intentado hacer creer a lo largo de la historia. El goce estético entra, al fin y al cabo, por los sentidos, y nunca en primera instancia por la razón, algo que no se refleja en las opiniones del Cura, por ejemplo. Esta «exhibición de mal gusto» se la puede permitir Maritornes porque es el personaje que encarna la sexualidad descontrolada, y como tal la fealdad y la falta de valores positivos de lo femenino. Es una Eva devaluada en sus valores físicos, la bruja al margen de la sociabilidad reglada; es el cuerpo y, como tal, viene a subvertir todo un modelo generado en la poesía renacentista que cada vez más, a través de su lírica sobre la belleza intocable de las mujeres, sobre su amor imposible y eterno ha ido dejando a las mujeres sin un cuerpo físico y material. Pero el proceso no se queda ahí, sino que, a riesgo de esbozar una hipótesis arriesgada, me atrevo a decir que lo mismo le ocurre a la lectura: algo que pasa por el cuerpo, pero que tenemos que fingir y hacer como si sólo pasara por la mente. Pero a muchos autores esta contradicción no les ha pasado desapercibida, y son muchas las alusiones que se han hecho al erotismo de la lectura y al texto literario. Tal vez ninguno como Roland Barthes ha sabido expresar el placer erótico implícito tanto en la lectura como en la escritura. En su libro *El placer del texto* dice: «Existen aquellos que desean un texto, un arte, una pintura sin una sombra, sin la "ideología dominante", pero es desear un texto sin fecundidad, sin productividad, un texto estéril (véase el mito de la mujer sin sombra)» (4). Es curiosa la asociación de la lectura del texto y las mujeres: ambas son misteriosas, etéreas, incomprensibles y un largo etcétera.

Por su parte, la opinión de la hija del Ventero está construida, precisamente, teniendo como referente

(4) R. Barthes, 1989, pág. 32. Para un esbozo de la cuestión de la asociación del cuerpo de las mujeres y el texto en potencia que tiene que ser sacado a la luz por un elemento de la escritura, véase el interesante artículo «La página en blanco y los problemas de la creatividad femenina», en Marina Fe (1999).



polémico la de su padre: «No gusto yo de los golpes que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los caballeros hacen cuando están ausentes de sus señoras, que en verdad algunas veces me hacen llorar; de compasión que tengo». Este personaje muestra una afición a la lectura por los procesos de adhesión que generan a través de la compasión. En esta opinión parece que Cervantes está hablando de uno de los géneros de moda en la época: el de las novelas sentimentales, un tipo de ficción donde los personajes tenían un rol adjudicado del que difícilmente podían salirse. Estaban determinados por la suerte que les tocaba vivir de manera individual, y por lo tanto, no quedaba más remedio que llorar su mala suerte. Si hay un ejemplo que contradiga este tipo de novelas es precisamente el dibujo de muchas de las mujeres que hace Cervantes en *Don Quijote*.

La Ventera también esgrime una opinión favorable sobre los libros de caballerías, no porque directamente le

agraden a ella sino porque, indirectamente, la liberan de las iras de su marido: «Y yo ni más ni menos —dijo la Ventera—; porque nunca tengo buen rato en mi casa sino aquel que vos estáis escuchando leer; estáis tan embobado, que no os acordáis de reñir entonces». Es decir, los textos tienen una capacidad directa en este caso de cambiar el mundo. No es un valor teórico y etéreo, sino que entra a formar parte de las interacciones humanas. □

Asunción Bernárdez Rodal es Profesora titular de Teoría de la Información en la Universidad Complutense

REFERENCIAS

- | | | |
|--|--|---|
| <p>—Barthes, Roland, <i>El placer del texto y Lección inaugural</i>, Siglo XXI, México, 1989.</p> <p>—Bernárdez, Asunción, <i>Don Quijote, el lector por excelencia. Lectores y lectura como estrategia de comunicación</i>, Huerga y Fierro, Madrid, 2000.</p> <p>—Bouza, Fernando, «Los contextos materiales de la producción cultural», en Feros, A. y Gelabert, J. (dirs.), <i>España en tiempos del Quijote</i>, Taurus, Madrid, 2004.</p> <p>—Cátedra, P. y A. Rojo,</p> | <p><i>Bibliotecas y lecturas de mujeres. Siglo XVI</i>, Instituto de Historia del Libro y la Lectura, Salamanca, 2004.</p> <p>—Dadson, Trevor J., <i>Libros, lectores y lecturas. Estudios sobre bibliotecas particulares españolas del Siglo de Oro</i>, Arco/Libros, Madrid, 1998.</p> <p>—Fe, Marina (coord.), <i>Otramente: lectura y escritura feminista</i>, Fondo de Cultura Económica, México, 1999.</p> <p>—Foucault, M., <i>Las palabras y las cosas</i>, Siglo XXI, Madrid, 1999.</p> <p>—Luna, Lola, «Las lectoras en la historia literaria», en C. Segura</p> | <p>Garaiño, (ed.), <i>La voz y el silencio</i>, vol. II, Al-Mudayna, Madrid, 1993.</p> <p>—Márquez Villanueva, F., <i>Personajes y temas de El Quijote</i>, Taurus, Madrid, 1975.</p> <p>—Varela, Julia: <i>El nacimiento de la mujer burguesa</i>, Endimión, 1997, Madrid.</p> <p>—Weruaga Prieto, Ángel, «La lectura femenina en la Salamanca moderna» (siglos XVII-XVIII), en <i>Estudios multidisciplinares de género</i>, Centro de Estudios de la Mujer, Universidad de Salamanca, 2004, págs. 316-337.</p> |
|--|--|---|